



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 10.172

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 pes.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción anticipada a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

LUNES 30 DE SEPTIEMBRE DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil cobro.—Quo responsables en París, A. Loretto, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

Recolección

Prensas para vinos, moderno sistema.—Bombas Neel y otros sistemas para trasegar.—Azufradores, catadores y demás ensares necesarios al vinicultor.—Desgranadoras de panizo (6 fanegas por hora).—Embudos automáticos.—Tijeras para vendimiar, poda, etc.—Arados de vertedera.—Espinas artificiales.—Pales, azadas, legones, todo acero.—Carretillas y wagones.

INSTALACION DE RIEGOS
C. Pérez Lurbe.—Plaza de Castellón, 12

CLÍNICA MÉDICO-QUIRÚRGICA
A CARGO DEL
LICDO. JUAN J. OLIVA.

antigo alumno interno del Hospital de San Carlos de Madrid.

Consulta de Enfermedades de Mujeres y de los ojos

OFICINA DE CONSULTA DE H. A. L. CALLE DE LAS LAMAS
CALLE DE BRATAS 15

Clarín y la Marina.

La prensa y, justificada indignación, ha producido en el personal del Cuartel General de la Armada el *Palique* publicado por Clarín en el *Heraldo de Madrid* del día 25 del actual.

Exaltado el sentimiento patriótico del célebre crítico al tener la primera noticia de la tremenda catástrofe del *Sánchez Barcáiztegui*, que viene a aumentar las ya innumerables desgracias que afligen a este desdichado país, y dejándose llevar de su temperamento excesivamente nervioso e impresionable, ha dejado correr la pluma guiada solamente por sus nervios, sin consultar, no ya a la sabiduría, ni siquiera al corazón.

Solamente así se pueden comprender las irrucciones, ironías y ofensivas frases dirigidas al personal de la Armada, en el citado artículo. In-

exacto es cuanto supone, por fortuna; pero aunque no lo fuera, aunque nuestra Marina fuese la más inepta é incapaz del globo, bajos y viles sentimientos demostraría quien, á raíz de la terrible hecatombe del *Barcáiztegui*—en la que tantos españoles han sucumbido esclavos de su deber—solo tuviera para víctimas y supervivientes, conceptos insultantes que proferir.

Cuando toda España, sin darse aún cuenta clara de tanto infortunio, llora la muerte de esos treinta y un compatriotas devorados por los tiburones, figurándose la horrible lucha sostenida dentro de las aguas, la espantosa agonia de aquellos infelices, á cuyas imaginaciones acudirán en aquellos terribles momentos el recuerdo de su lejana patria, con el de los seres queridos, bien agenos por cierto á su imprevisto y desesperado fin: cuando la Nación entera, repetimos, llora consternada, no es ocasión oportuna, ni es muestra de caridad hacer otra cosa que pedir á Dios la gloria para tantas víctimas y consuelo en este mundo para sus atribuladas familias.

Más tarde, cuando el tiempo haya mitigado el justo dolor, vendrá la fría razón á exigir responsabilidad á quien la tenga; y si la hay para algunos, si la catástrofe no ha sido un fatal é inevitable accidente de la constantemente peligrosa vida de mar, entónces será la ocasión de aplicar inexorablemente la ley sobre los causantes de tantas desdichas. La sumaria que desde el primer momento se instruye sobre el suceso, nos dirá en breve tiempo á quien se debe castigar, aunque en este desgraciado caso, el mayor castigo es la propia culpabilidad.

Sabemos que una comisión de oficiales de Marina ha ido á Oviedo á pedir satisfacción á Clarín de las injurias por él vertidas á la corporación en su último *Palique*, y no dudamos, de que, pasada la exaltación de los primeros momentos y estudiados más despacio por él los

motivos y causas de los desastres ocurridos á la Marina en la época presente, será el primero en reconocer con la claridad de su juicio, que al personal de la Armada es á quien menos se puede achacar la culpa de lo que ocurre. Y no nos concretamos ya á la pérdida del *Barcáiztegui*, pérdida en la que ninguna parte cabe al dignísimo y pundonoroso Contralmirante señor Delgado y Parejo ni á los jefes y oficiales del barco, sino también á la casi totalidad de los siniestros últimamente ocurridos. Cúlpese, en buen hora á las deficiencias del material flotante; pero no se achaque nunca á impericia, descuido, ignorancia é inexperiencia la serie de desastres que de algún tiempo á esta parte abruman á la desdichada cuanto sufre Marina de guerra.

El inmoderado afán de suicidas economías, sobre que hemos padecido algún tiempo, las pocas simpatías que por la Marina siente la Nación, bien en contraposición con su historia y con los verdaderos intereses de un Estado marítimo y colonial, podrían, si de otra gente que de españoles se tratara, relajar algo el amor y abnegación por el servicio, pero bien al contrario de esto el digno personal de la Armada está dando las mayores pruebas de desinterés y patriotismo. Los oficiales de Marina son los únicos militares á quienes una guerra no puede cerrar las cerradas y no causar bajas en la Península el personal destinado á Cuba. Su servicio en dicha campaña penosísimo y de gran compromiso y responsabilidad, será tal vez el auxiliar más eficaz para la terminación de tan traidora guerra; y sin embargo de esto, la Nación no conocerá las penalidades y heroicos trabajos de ese personal, no oyendo hablar de Marina, más que, cuando por nuestra funesta suerte se pierde un barco devorado por el más furioso temporal que de siglos acá se ha conocido, ó cuando se

hundiese otro al salir de un puerto en las más correctas condiciones de navegación.

No ataca Clarín solamente á la Marina del presente; en su ensayo recorre algunas de sus más desdichadas épocas, sin fijarse en su inconcebible ligereza, en que al lamentarse de los desastres marítimos de dichas épocas, no echa de ver que eran mayores, mucho mayores los que ocurrían en tierra firme. No debe olvidarse, que, siendo la Marina uno de los organismos del Estado, su prosperidad ó su decadencia, sus éxitos ó sus descalabros, correrán parejas con la prosperidad ó decadencia, éxitos ó descalabros de la nación entera.

Brillante y floreciente el reino aragonés de los Jaimes y los Pedros: brillante, floreciente y vencedora la Marina de Roger de Lauria. Conquistadora y grande Castilla bajo los Reyes Católicos y los primeros monarcas austriacos: conquististas y descubrimientos de la Marina de los Cortés, Colones y Pizarros, victorias inmarcesibles de los Dorias, Oquendos y Bazanes, desastres gloriosos en Zaragoza y Gerona, desastres no menos gloriosos de la Marina, como el de Trafalgar. Considerar aisladamente y precipitando de la influencia de la época un organismo cualquiera de la nación, ya que no mala fe, significa ligereza, y ésta es la que creamos ha cometido el insignificante crítico en su último escrito. Esperamos fundadamente teniendo en cuenta su clarísimo criterio que el asunto habrá tenido ó tendrá honrosa solución, que únicamente puede consistir, en que: robando algunas horas á sus continuos estudios, las dedique á conocer la historia y constitución de la Marina, á la que seguramente hará justicia en alguno de sus eruditos y luminosos escritos.

J. de Y.

Cartagena 28 Septiembre 1895.

La insurrección de Cuba

ASPECTO GENERAL

La insurrección ha seguido su marcha extendiéndose, rehuyendo siempre todo encuentro sus partidas, quemando, saqueando y asediando donde pueden hacerlo impunemente ó sin mayor peligro y demostrando su carencia de móviles más dignos.

Su tarea mayor y más continuada se reduce á destruir puentes en los ferrocarriles, quemar estaciones aisladas, levantar las líneas, tirotear los trenes, etcétera, consiguiendo hacer gran daño é interrumpir el tráfico; pero no adelantan un paso en la tarea de *libertar á Cuba*.

Divididos y desmoralizados hasta no darse la obediencia unos á otros, no pueden ir los rebeldes del Camagüey á Cuba ni los de Cuba al Camagüey, dedicándose al merodeo de tal modo, que se confunden las partidas de cabecillas de claro nombre con los de los *plateados*, especie de bandidos y cuatros que son inseparable elemento de toda insurrección en esta Isla.

Preséntanse á menudo muchos insurrectos, algunos hasta de cierta significación, aunque no pocos vuelven á irse al campo enemigo, tan pronto descanzan, se curan ó catequizar á otros; más todos afirman que la vida de la insurrección es sumamente precaria y difícil, careciendo de armas muchos y de municiones casi todos.

Detallar las emboscadas y sorpresas en que no hay más que tiros sin resultado, sería dificultoso, lo mismo que muchos fuertes cuya rendición intiman para desistir al cabo de ella sin lograr más que perder las pocas municiones que tenían.

Las líneas ferrocarrileras todas, excepto las de los Unidos de la Habana y la del Oeste, han sufrido y sufren perjuicios muy considerables, viéndose obligados á reparar de continuo las vías, los puentes, las alcantarillas, el telégrafo, etcétera, resguardados sus trabajadores por las tropas.

ATAQUE A UN CONVOY

El 16 de Agosto, á las 9 de la mañana fue atacada la columna del Coronel Ibáñez Aldecoa, que llevaba un convoy de 30.000 raciones, para varios destacamentos de Puerto Príncipe, con fuego duro desde la loma del *Zañón*—(el histórico

ERNESTO MALTRAVERS.

65

64 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

ERNESTO MALTRAVERS.

61

más tiempo con aquella hermosa muchacha como los dos niños que la buena hada tenía á cubierto del mundo y del viento en el pabellón de las rosas.

Aquí se me ocurre observar, que nunca está más segura de perderse una mujer que cuando su amante quiere salvarla. Comparativamente, está menos expuesta si se ve perseguida, oprimida por un ardor ansiosamente egoísta. Mas, con orgullo sobreabundante, sea sensibilidad herida, ó sea generosidad provocada, ella no soportará ciertamente, la idea de que su amante pueda luchar contra la pasión que la tiene. Así, rechazando la mano que se le tiende para alejarla del precipicio, cierra los ojos y corre á arrojarse á él. No hay duda que Alicia se hallaba inocente de esta malignidad de su sexo, porque ella no comprendía el peligro en que estaba, ni los motivos de Ernesto; pero ella adoptó exactamente el partido más apropiado para triunfar de la virtud de un anacoreta. Se levantó pálida y temblando, se acercó á Maltravers, y poniéndole blandamente una mano en el brazo:

—Me iré donde y cuando querrás... lo más pronto será lo mejor... Mañana... sí, mañana... Estoy avergonzada con la pobre Alicia, parece que no merezco ser tan dichosa.—Estuvo luchando un instante con su emoción y luego continuó:—Sabéis que Dios puede oírme cuando me veo lejos de vos, cuando haya adquirido más instrucción podré orar mejor, y Dios os

digo con pena (añadió Ernesto con aire de análoga gravedad) tú eres bonita en extremo, y un extremo seductora para... para... acobardados, esto no puede durar. Es preciso que yo vuelva al seno de mi familia; mis padres tendrían derecho á quejarse si yo me quedara aislado en este retiro por mucho más tiempo. Y tú, mi cara Alicia, tú estás en el caso de recibir instrucciones mejores de las que podemos darte el señor Simcox y yo. Te propongo, pues, colocarte en una casa respetable, donde estarás mucho mejor que aquí; concluirás tu educación, y llegará el momento en que, en vez de necesitar aprender, te halles en aptitud de enseñar. Con tu hermosura, Alicia, (aquí suspiró) tus talentos naturales, tu amable carácter, y conduciéndote siempre con prudencia y honradez, puedes estar segura de encontrar un marido digno de tí y una suerte venturosa. ¿Me has comprendido, Alicia? Tal es el plan que he formado para tí.

Ernesto pensaba lo mismo que se había expresado. Una honrada benevolencia, una noble integridad dictaban su conducta en aquel momento, y el sacrificio que á sí mismo se imponía era más doloroso que cuanto pueda imaginarse el lector.

Pero Ernesto Maltravers, si estaba apasionado no era egoísta; conocía, valiéndose de sus mismas palabras, más fuertes que eloquentes, conocía que aquello no podía durar; que él no podía vivir solo por

agitada, ni se había vuelto mas tímida, ni se había hecho mas reservada. En el fondo de aquel fresquísimos botón de rosa no existía ningún gusano roedor. Más bien, aunque desde las primeras lecciones se hubiese mostrado con bastante desenfado, cada día se presentaba mas satisfecha, más confiada, más á sus anchas. Es un hecho, ni una sola vez le ocurrió á su espíritu que ella debía ser de otra manera. No poseía la delicadeza convencional y tímida de las muchachas, que, en todos los rasgos, han aprendido que en el amor existe un misterio y un peligro. Tenía ciertas ideas vagas sobre las muchachas que se conducen mal, pero ignoraba que el amor pudiese entrar de algún modo en las faltas que aquella cometieran; al contrario, según había oído decir á su padre, esas faltas eran convenientes al dinero, no al amor. Todos sus sentimientos eran tan naturales, tan verdaderamente puros! ¿Podía ella no experimentar placer no escuchando á Ernesto, cuando era su bienhechor? ¿podía no sentir pesares alejándose de él? lo que ella sentía lo expresaba francamente y con no menos inocencia, y muchas veces su candor injunco deambulaba, estraviaba á su compañero. No, ella no podía quererle con amor; si así fuera, no habría dicho con tanta franqueza que le amaba; en ella reinaba un afecto fraternal de gratitud.

—Qué apreciable muchacha! feliz soy en pensarlo, de.